

# Pirámides y rascacielos. El viaje de los arquitectos Luis Moya y Joaquín Vaquero a Estados Unidos y Centroamérica (1930)

---

Francisco Egaña Casariego  
*Universidad de Valladolid*

## RESUMEN

Con motivo de su selección para la fase final del Concurso internacional para el Faro de Colón (1928-1931), los arquitectos españoles Luis Moya Blanco (1904-1990) y Joaquín Vaquero Palacios (1900-1998), realizaron un viaje de estudios a América en 1930. Su deseo de conocer los sistemas de construcción de los grandes rascacielos, así como el arte precolombino y colonial, fuentes de inspiración fundamentales en su proyecto, les llevó a recorrer las principales ciudades de Estados Unidos y los lugares arqueológicos de México. Este artículo analiza este insólito y poco conocido viaje de estudios, de profundas consecuencias en la evolución de Joaquín Vaquero como artista plástico.

## PALABRAS CLAVE

Moya / Vaquero / viaje / América / 1930

## ABSTRACT

Thanks to their being selected for the final phase of the International Competition for the Columbus Lighthouse (1928-1931), the Spanish architects Luis Moya Blanco (1904-1990) and Joaquín Vaquero Palacios (1900-1998), undertook a study trip to America in 1930. Their desire to learn about the systems of construction of large skyscrapers, as well as pre-Columbian and Colonial art, both of which are fundamental sources of inspiration in their project, led them to visit the main cities of the United States, and the archaeological sites of Mexico. This article analyzes this rare and little known study trip, which had profound consequences for the evolution of Joaquín Vaquero as an artist.

## KEYWORD

Moya / Vaquero / Trip / America / 1930

## ANTECEDENTES: EL CONCURSO INTERNACIONAL PARA EL FARO DE COLÓN

El 1 de septiembre de 1928 la Unión Panamericana convocó un Concurso internacional de arquitectos para la construcción de un Faro monumental a la memoria de Cristóbal Colón en Santo Domingo, la primera tierra que tocó el navegante en el Nuevo Mundo. La convocatoria, auspiciada por las veintiuna repúblicas americanas, alcanzó un éxito sin precedentes, inscribiéndose 1.926 arquitectos procedentes de 48 países que presentaron un total de 455 anteproyectos. De acuerdo con las condiciones del concurso, éste constaría de dos etapas. La primera, en Madrid, se encargaría de seleccionar diez anteproyectos cuyos autores deberían competir en una segunda fase a celebrar en una ciudad latinoamericana a determinar en su momento, que adjudicaría el primer premio y la dirección de obra.

Las bases del concurso, redactadas por el arquitecto norteamericano Albert Kelsey<sup>1</sup>, especificaban la altura máxima del monumento –600 pies, incluido su basamento–, los materiales de construcción –cemento armado sobre esqueleto de acero estructural–, así como la incorporación de, por lo menos, una gran linterna giratoria. Entre las exigencias principales del programa figuraban la inclusión dentro del Faro de una capilla a la que se trasladaría desde la catedral de Santo Domingo el sepulcro neogótico que albergaba los supuestos restos de Colón, un museo para recoger los objetos históricos que se pudieran reunir en el curso de los años relacionados con el insigne navegante, así como una sala de conferencias y una biblioteca. Por lo demás, se buscaba para el monumento un simbolismo panamericanista de fácil lectura, recomendándose en este sentido a los concursantes tener presentes las tres civilizaciones americanas: la indígena, la colonial y la moderna. Todo ello, unido a la prevención hecha a los competidores sobre el inconveniente del empleo del hierro y del vidrio en el calor de los trópicos, determinó el carácter ecléctico y colosalista de la mayor parte de las propuestas

presentadas, así como el recurso frecuente a la pirámide maya como motivo principal<sup>2</sup>.

Como ubicación más adecuada para el futuro monumento se eligió un vasto terreno situado en la margen izquierda de la ría del Ozama, frontero a la ciudad histórica de Santo Domingo, en el centro de un gran parque de mil hectáreas a orilla del mar, donde se trazaría una larga avenida que conduciría a un aeródromo. Sobre este parque debían elegir los competidores el lugar más apropiado para el Faro conmemorativo, teniendo en cuenta su doble finalidad de servir de guía a los navíos que surquen el Caribe y a las aeronaves que se dirijan por ese paso natural de unión entre las tres américas. El programa incluía, además, el trazado de una pista de despegue para aeroplanos, un mástil de amarre para dirigibles, un embarcadero y un puerto monumentales, un centro gubernamental formado por el palacio presidencial y demás centros oficiales, una ciudad destinada a residencias privadas y, finalmente, un puente de enlace de estas nuevas construcciones con la antigua ciudad de Santo Domingo, situada en la orilla opuesta del río Ozama. Se trataba, en definitiva, de proyectar un gran centro panamericano destinado a convertirse en el nudo de las comunicaciones aéreas de América, respetando el aspecto silvestre del Parque en el que se levantaría el Faro como unidad principal.

El joven arquitecto y pintor asturiano Joaquín Vaquero Palacios tuvo noticia de la convocatoria en la ciudad de Washington, donde clausuraba por esos días una exposición de paisajes de España en la Veerhoff Galleries. Atraído por la idea, telegrafió a su amigo y compañero de promoción en la Escuela de Arquitectura de Madrid, Luis Moya Blanco, proponiéndole una colaboración. Cerrado el acuerdo entre ambos, llevó a cabo su inscripción en la propia sede de la Unión Panamericana en Washington con el número once<sup>3</sup>.

Dando por concluida con esta exposición su primera estancia en América, Joaquín Vaquero retornó en septiembre de 1928 a Madrid donde, instalado en su estudio de la calle de San Lucas,

AVS= Archivo Vaquero Segovia

<sup>1</sup> KELSEY, Albert, *Programa y Reglamento del Concurso para la selección de un arquitecto para el Faro Monumental que las naciones del mundo erigirán en la República Dominicana a la memoria de Cristóbal Colón*, Unión Panamericana, Washington, 1928.

<sup>2</sup> Para una síntesis sobre el desarrollo de este concurso, véase EGAÑA CASARIEGO, Francisco, "El Concurso Internacional para el Faro de Colón. El proyecto español premiado", en *Goya*, n.º 331, Madrid, 2010, pp. 158-177.

<sup>3</sup> Cf. VAQUERO PALACIOS, Joaquín, "A la memoria de Luis Moya Banco", en *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 70, Madrid, 1990, p. 26.

inició junto a Luis Moya el anteproyecto que presentaron en la primera fase del concurso, celebrada en 1929 en Madrid. La exposición de anteproyectos, con sus 2.400 dibujos, fue inaugurada el 27 de abril en el Palacio de Exposiciones y de Cristal del Retiro, tras lo cual el jurado internacional de arquitectos formado por el norteamericano Raymond Hood, el finlandés Eliel Saarinen y el uruguayo Horacio Acosta y Lara, dio a conocer los nombres de los autores de los diez anteproyectos seleccionados para concurrir a la segunda fase del concurso, entre los que se hallaba el de Vaquero y Moya. Los otros nueve anteproyectos correspondían a las siguientes nacionalidades: tres norteamericanos, uno italiano, otro alemán, dos franceses, uno inglés y otro franco-estadounidense. De esta manera, Joaquín Vaquero y Luis Moya quedaron en representación no sólo de España, sino de las naciones de habla española, al no haber resultado seleccionado ningún arquitecto hispanoamericano.

El anteproyecto español, un monumento-rascacielos de planta cruciforme, se alzaba sobre un amplio basamento similar a un templo maya, alcanzando una altura total de 182 metros, equivalentes a los 600 pies fijados como máximo en la convocatoria (fig. 1). Dentro del basamento se proyectaban tres plantas, las dos inferiores destinadas a maquinaria de las diversas instalaciones del Faro y acceso a los ascensores que recorrerían el monumento en toda su altura. En la planta superior se instalarían una biblioteca, una gran sala de conferencias con capacidad para 1.500 espectadores y un museo dotado de dieciocho salas, con acceso desde el exterior por cuatro escalinatas piramidales adosadas al basamento<sup>4</sup>.

Sobre esta plataforma se elevaría el faro propiamente dicho, cuyo interior estaría ocupado en su mayor parte por una inmensa sala o basilica de 90 m de altura, la Sala de América, que sería como una representación simbólica de la unión de las repúblicas americanas, pues en ella se levantaría un monumento conmemorativo para cada uno de los veintiún países que forman el continente americano. Al fondo de esta basilica, y sobre una cota altimétrica más

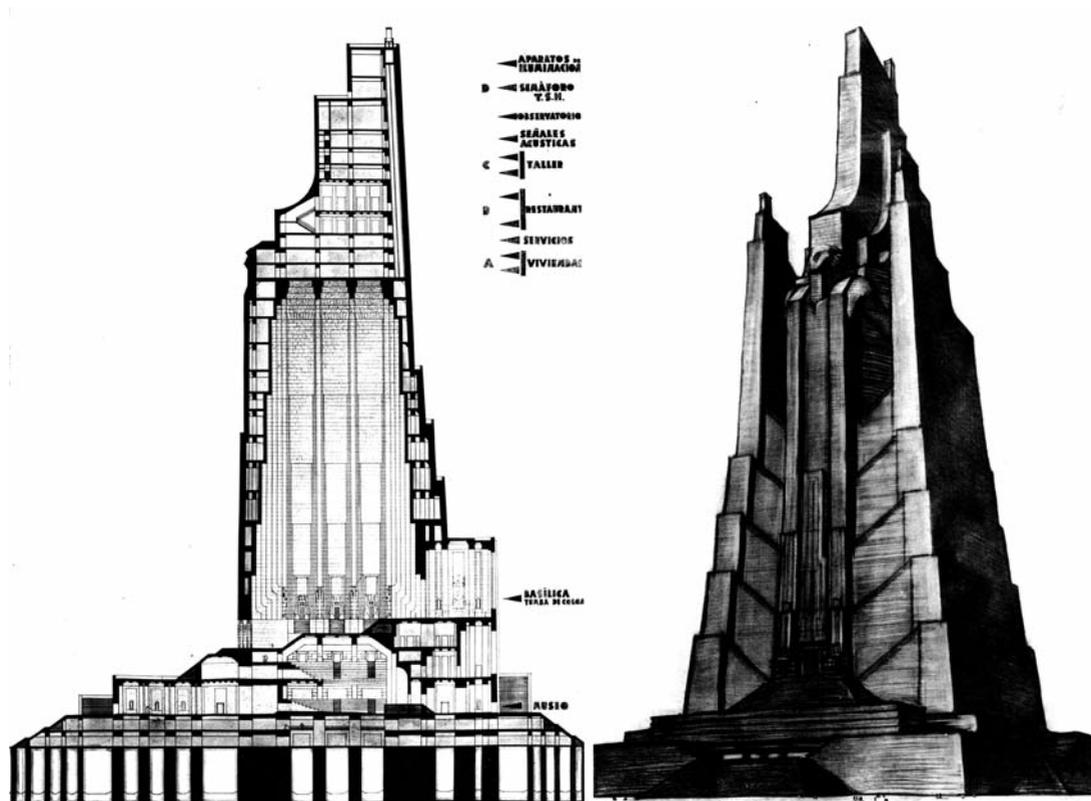
alta, se proyectaba una capilla destinada a custodiar el mausoleo de Colón existente en la Catedral de Santo Domingo. En la parte superior del monumento se proyectaban varias plantas destinadas a vivienda de los torreros, un restaurante dotado de amplias terrazas con magníficas vistas sobre el Parque Panamericano, así como locales para talleres, instalaciones de radio y de señales acústicas y observatorio meteorológico. El último piso estaría ocupado por la maquinaria necesaria para el funcionamiento de las linternas de señales situadas sobre los tres torreones que coronarían el monumento, provistas de luces para el mar y proyectores para el aire.

El tema decorativo principal lo constituía una figura colosal de Colón lo bastante estilizada como para enlazarse y fundirse con la masa arquitectónica general. Las portadas de acceso al museo –en el basamento– y a la basilica –en la terraza superior– estaban decoradas con temas mayas inspirados en las ruinas de Mitla y de Yucatán. Esta exuberante decoración apenas quedaba esbozada en el anteproyecto, pues su conocimiento de los antiguos monumentos se limitaba a fotografías y dibujos –fundamentalmente los del artista inglés Frederick Catherwood–, por lo que no tenían sino una idea muy vaga sobre la civilización anterior al Descubrimiento. Por lo demás, en la masa general del monumento quedaban amalgamadas la forma de la pirámide maya y la del rascacielos escalonado, la expresión más completa del art déco americano de finales de los años veinte.

La magnitud e importancia del proyecto, inusual en nuestro país, unido a su inspiración en la arquitectura americana precolombina, colonial y moderna, les decidió a emprender en 1930 un largo viaje por Estados Unidos y América Central para estudiar las grandes construcciones modernas y las ruinas arqueológicas. Dicho viaje estaba previsto que concluyese en Santo Domingo, donde pretendían estudiar *in situ* el emplazamiento elegido para el Faro así como las condiciones del terreno.

Si bien la Unión Panamericana había recomendado este viaje a los finalistas, no se hizo cargo de su financiación. De acuerdo con las bases de concurso, los autores de los anteproyectos seleccionados percibieron únicamente la cantidad de 2.000 dólares como ayuda para sufragar los gastos derivados de su participación en la fase final, cantidad a todas luces insuficiente para cubrir este largo viaje de estudios.

<sup>4</sup> Sigo en lo referente al análisis del proyecto, la Memoria descriptiva del mismo. VAQUERO PALACIOS, Joaquín y MOYA BLANCO, Luis, *Memoria descriptiva del Faro a la memoria de Colón en Santo Domingo*, AVS (14 págs.). En adelante, *Memoria descriptiva*.



1. Joaquín Vaquero y Luis Moya. Anteproyecto para el Faro de Colón, 1929. Sección longitudinal y perspectiva. Archivo Vaquero Segovia.

Estimados los gastos del mismo en 100.000 ptas., el Gobierno español les subvencionó con la mitad de ese importe<sup>5</sup>. Este insólito viaje nos es conocido en sus detalles a través de la *Memoria* presentada a su vuelta ante el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes<sup>6</sup>.

La aventura se inició el 15 de agosto de 1930 en el puerto de Gijón, de donde zarparon a bordo del vapor Buenos Aires con destino a La Habana. Junto a ellos viajaba también la esposa de Joaquín Vaquero, la salvadoreña Rosa Turcios Darío, sobrina carnal del poeta Rubén Darío. Esta joven le había sido presentada en Madrid cuatro años atrás por su compañero de Escuela y gran amigo, José Manuel Aizpúrua, contrayendo matrimonio con ella en San Salvador en julio de 1928.

<sup>5</sup> Cf. VAQUERO PALACIOS, Joaquín, "A la memoria...", *cit.*, p. 26.

<sup>6</sup> AVS: VAQUERO PALACIOS, Joaquín y MOYA BLANCO, Luis, *Memoria del viaje de estudio por América realizado por los arquitectos Joaquín Vaquero y Luis Moya, representantes por España en el concurso mundial para el Faro de Colón*, Madrid, 8 de febrero de 1931 (13 págs.). En adelante, *Memoria del viaje de estudio*.

## LA AMÉRICA MODERNA

Tras casi dos semanas de travesía, el 28 de agosto desembarcaron en La Habana, donde permanecieron hasta el 6 de septiembre. De allí pasaron a Miami para estudiar las zonas de recreo y turismo reedificadas con los más modernos sistemas constructivos tras el devastador ciclón de 1928. Su interés por conocer las grandes estructuras como rascacielos, faros, aeropuertos, museos, puentes y ciudades de recreo en las playas que pudieran servirles de ayuda en la resolución del programa, les llevó a recorrer algunas de las principales ciudades de Estados Unidos.

Este recorrido se inició en Nueva York, a donde llegaron el 9 de septiembre. De especial provecho les resultó el conocimiento de los procedimientos constructivos de los últimos rascacielos, que Vaquero había tenido ocasión de estudiar ya en su anterior estancia en los Estados Unidos<sup>7</sup>. En esta ocasión, y recomendados por

<sup>7</sup> Con motivo de su exposición de paisajes en la galería Knoedler, Joaquín Vaquero se trasladó a Nueva York

el Internacional Institute of Education, visitaron, entre otros, el *Chrysler*, el *Empire State*, el *Chanin*, el *Manhattan Bank*, el *Lincoln Hotel*, el *Medical Center*, el *Waldorf Astoria* y el edificio del *Daily News*. En el *Empire State* estudiaron con especial interés el cerramiento pétreo de los espacios entre las ventanas, que era el sistema habitual de construcción de fachadas antes de que el estilo internacional impusiera el muro cortina. La circunstancia de hallarse en construcción, les permitió conocer el sistema americano de organización del trabajo que, a partir de elementos estandarizados fabricados por la industria, posibilitaba levantar con sorprendente rapidez estas gigantescas construcciones, aspecto muy a tener en cuenta en el caso de resultar vencedores del Concurso:

Debido a sus enormes dimensiones (400 m de altura) –escribieron en la *Memoria*– la organización de los trabajos ha sido mucho más perfecta que en ningún otro edificio anterior. Para dar una idea de esta organización, citaremos el hecho de que antes de ser comenzados los trabajos se habían confeccionado tablas en las que se determinaba el momento exacto en que había de ser colocada cada pieza de la estructura metálica del edificio. Paralelamente a esto se habían estudiado los tendidos de todas las redes de electricidad, calefacción, etc., de manera que definiendo de antemano el momento en que debería de trabajarse cada parte del edificio pudieran acoplarse los trabajos de tal modo que en ningún momento pudieran producirse entorpecimientos en ningún lugar de la obra. Debido a la unificación de todos los elementos empleados en la obra, ha sido posible fabricar estos en grandes cantidades, no solamente antes de empezarse a construir el edificio, sino aún antes de estar definido el proyecto, por lo que se comprende lo que facilita los trabajos el tener preparados enormes depósitos de ventanas, puertas, placas de piedra, etc., completamente terminados y dispuestos a ser empleados en cualquier lugar de la obra<sup>8</sup>.

en diciembre de 1927, donde permaneció hasta marzo de 1928. Su consideración de pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios le facilitó entonces el acceso a los estudios y obras en marcha de los arquitectos más activos en ese momento, como Raymond Hood, William van Allen, Craig Severance y las firmas Courbett, Harrison & MacMurray y Shreve, Lamb & Harmon.

<sup>8</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p. 3.

Estando en Nueva York se enteraron del terrible ciclón que devastó la ciudad de Santo Domingo, lo que les llevó a extremar el estudio de la resistencia de estas gigantescas estructuras frente a las catástrofes naturales, tan frecuentes en aquella región. Pero más allá de su admiración por los modernos sistemas de construcción de estos rascacielos, de inmediata aplicación en su proyecto, Vaquero y Moya quedaron fascinados por el espectáculo magnífico de sus siluetas escalonadas recortándose contra el cielo de Nueva York. La ordenanza municipal de 1916, que obligaba al retranqueo en altura de estos edificios, había promovido un tipo de arquitectura de extraordinaria plasticidad, bajo cuya fisonomía quedaba entreverada la pirámide maya en una suerte de *panamericanismo*<sup>9</sup> muy sugerente. Una incitación al dibujo y a la pintura que tuvieron ocasión de desarrollar juntos, como lo habían hecho ya en sus no muy lejanos tiempos de estudiantes en los que recorrían los barrios de Madrid y sus alrededores para tomar notas y apuntes<sup>10</sup>. Durante su estancia en la ciudad de los rascacielos, Vaquero ilustró por encargo de la Henry Holt & Company la edición norteamericana e inglesa de una de las obras literarias más emblemáticas del momento. Nos referimos al libro *New York* (1930), del escritor y diplomático francés Paul Morand, para el que realizó catorce dibujos a tinta china y pincel, a página entera, más el diseño de la cubierta<sup>11</sup> (fig. 2).

La estancia de los jóvenes arquitectos en Nueva York se completó con la visita a los

<sup>9</sup> Cf. HUGHES, Robert, *Visiones de América. La historia épica del arte norteamericano*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001, p. 419.

<sup>10</sup> Sobre los dibujos realizados por Luis Moya en América, véase CAPITEL, Antonio y GARCÍA-GUTIÉRREZ MOSTEIRO, Javier, *La arquitectura de Luis Moya Blanco. 1904-1990*, catálogo de la exposición (Madrid, Sala de las Arquerías del Ministerio de Fomento, 7 al 29 de marzo de 2000), Madrid, 2000, pp. 15-19, 34 y 100-101, y MONTES SERRANO, Carlos, "Nosotros somos latinos. Españoles dibujando en Nueva York, 1930", en *Revista de Arquitectura*, n.º 11, Pamplona, 2009, pp. 64-65.

<sup>11</sup> Sobre los dibujos de Vaquero para el libro de Paul Morand, véase EGAÑA CASARIEGO, Francisco, *Vaquero*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos del Principado de Asturias & Ediciones Trea, Gijón, 2008, pp. 66-67 y 189, y MONTES SERRANO, Carlos, "Nosotros somos latinos...", cit., pp. 58-62. A petición de su autor, el profesor Peter Conrad, esta misma colección de dibujos ilustró su libro *The Art of the City. Views and Versions of New York*, publicado por la Universidad de Oxford en 1984.



2. Joaquín Vaquero. *La torre del Ritz en construcción*. Publicado en Paul Morand, New York, Henry Holt & Company, Nueva York, 1930.

puentes, museos y bibliotecas de la ciudad. En Long Island estudiaron algunos faros de importancia y las ciudades de recreo en las playas, que, por tener muchos puntos de contacto con el Parque Panamericano a proyectar en Santo Domingo, les proporcionaron ideas muy útiles.

El 21 de septiembre se trasladaron a Washington, donde visitaron la sede de la Unión Panamericana, un magnífico edificio proyectado en 1907 por el Consejero Técnico del Concurso, Albert Kelsey, en colaboración con el arquitecto Paul Philippe Cret. La fusión en su diseño de la arquitectura moderna de la zona con las tradiciones latinoamericanas –antigua y colonial– como expresión de la unidad de los pueblos de América, se hallaba muy en sintonía con el espíritu que alentaba el concurso. Allí tuvieron ocasión de conversar largamente con el Director General de la Unión Panamericana, Leo S. Rowe, y con el propio Albert Kelsey so-

bre la marcha del concurso y el desarrollo de su proyecto<sup>12</sup>. Por mediación del Dr. Rowe tuvieron acceso al Departamento encargado de redactar el nuevo plan de extensión de Washington. La oportunidad de sobrevolar la ciudad les procuró ideas muy útiles para el trazado del futuro Parque Panamericano, sobre cuya imagen aérea insistían las bases del Concurso. Con el estudio de los edificios que componían el aeropuerto y la disposición de éste, concluyó su estancia en la ciudad de Washington.

De allí pasaron a Filadelfia, para estudiar las nuevas disposiciones de luz adoptadas en el Fine Arts Museum. Si bien el edificio aún no había sido concluido, encontraron en funcionamiento la instalación de iluminación, toda ella artificial imitando perfectamente la luz natural, lo que les resultó de enorme interés para su proyecto, pues pensaban iluminar artificialmente tanto la sala de conferencias como el museo que contendría el Faro<sup>13</sup>. En Filadelfia visitaron también algunos puentes y museos, en especial el nuevo puente colgante sobre el Delaware, que mostraba una estructura metálica vista de gran interés. El estudio de otros puentes que pudieran servirles de inspiración para el que habría de unir el Parque Panamericano con la ciudad histórica de Santo Domingo, continuó en Pittsburgh, siguiente parada en su viaje. Desde allí se trasladaron el 27 de septiembre a Chicago, donde visitaron el *Hotel Stevens*, el *Merchandise Mart*, el *Civic Opera House* y el *Chicago Daily News*, además de estudiar detenidamente las obras de urbanización iniciadas a orillas del lago Michigan para la instalación de la Exposición Internacional de 1933, que mostraban numerosos puntos de contacto con el problema del Parque Panamericano<sup>14</sup>.

## LA AMÉRICA PREHISPÁNICA Y COLONIAL

Dando por finalizada su etapa de estudio en Estados Unidos, Vaquero y Moya partieron hacia México para conocer los yacimientos arqueológicos precolombinos y la arquitectura colonial, principales fuentes de inspiración

<sup>12</sup> En el Archivo Vaquero de Segovia, se conserva una fotografía que muestra a Joaquín Vaquero junto a Leo Stanton Rowe en mitad del patio azteca de este singular edificio.

<sup>13</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p. 4; *Memoria descriptiva*, pp. 11 y 14.

<sup>14</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p. 6.

en su proyecto. La primera ciudad donde se detuvieron fue Monterrey. Allí conocieron los escasos pero interesantes edificios de estilo colonial español, como la Catedral y el Obis-pado, admirando la atrevida mezcla de elementos mayas en su decoración. De Monterrey se trasladaron a San Luis de Potosí, donde encontraron un gran número de construcciones de la época colonial, mereciéndoles especial atención la fachada de la iglesia del convento de San Francisco por lo acertado de la técnica indígena en la ejecución de sus esculturas.

El siguiente hito en su itinerario fue Ciudad de México, donde las cartas de presentación que les había entregado Mr. Rowe en Washington les facilitaron notablemente sus trabajos<sup>15</sup>. El arqueólogo de la Secretaría de Educación de México, don Ignacio Marquina, les acompañó en su visita a las ruinas aztecas y toltecas del Valle de México (fig. 3), quedando profundamente impresionados por las grandiosas proporciones de Teotihuacan:

Las ruinas más importantes que visitamos son las de Teotihuacan, y de ellas las imponentes pirámides del Sol y la Luna, la Ciudadela con su cerco de pirámides escalonadas y en su centro el famoso Templo de Quetzalcoatl excavado desde 1924, y en cuya arquitectura ornamentada con representaciones diversas del dios Quetzalcoatl, la serpiente mitológica marina, encontramos una de nuestras mejores fuentes de inspiración<sup>16</sup>.

En la capital realizaron también un concienzudo estudio del Museo Arqueológico, obsequiándoles la dirección un buen número de fotografías de las ruinas que les resultaron de gran utilidad. Además de los restos precolombinos, tuvieron la oportunidad de estudiar, dibujar y pintar numerosas iglesias, capillas y monumentos coloniales de la ciudad, centrandose su atención la Catedral, el convento de la Merced, el Colegio de las Vizcaínas y la antigua Universidad. En las inmediaciones de la ciudad, visitaron las últimas excavaciones realizadas en la pirámide azteca de Tenayuca y, en Cuernavaca, la pirámide de Teopanzolco, cuya ubicación les pareció muy pintoresca, al ocu-

par un terreno de grandes desniveles en medio de un bellissimo paisaje.

De la capital mexicana partieron el 17 de octubre hacia Veracruz, para continuar desde allí su viaje a la península de Yucatán. Rosa Turcios, esposa de Joaquín Vaquero, se despidió de ellos en Veracruz para tomar un tren hacia El Salvador. Su cuñado, el poeta Alberto Guerra Trigueros, había acudido a buscarle desde San Salvador para emprender juntos el viaje de regreso que había de reunirle con los suyos. Solos, Vaquero y Moya se embarcaron en el vapor México rumbo a Progreso. La travesía, que debía durar una noche, se prolongó más de lo previsto a causa de un violento temporal. Vaquero jamás pudo olvidar la noche que pasó en cubierta bajo una toldilla, agarrado a uno de sus soportes tubulares, sin poder soltarse y dirigirse a su camarote a causa de las olas que barrían literalmente la cubierta<sup>17</sup>. Desde Progreso se desplazaron en automóvil hasta Mérida, capital de Yucatán, ciudad que les causó una muy buena impresión por sus numerosos edificios de estilo colonial español y su moderna urbanización.

Gracias a las cartas de presentación facilitadas por don Ignacio Marquina, entraron en contacto con el Inspector de los Monumentos Prehispánicos, don Eduardo Martínez Cantón, quien les facilitó extraordinariamente las cosas. Don Eduardo no sólo consiguió del Gobierno la concesión de un auto de vía y de un fotógrafo para la excursión a Uxmal, sino que les acompañó él mismo en su visita a la ciudad en ruinas. La llegada a Uxmal ofreció algunas dificultades, pues resultaba necesario para ello pernoctar en un pequeño pueblo habitado por mayas, llamado Muna, y caminar desde allí algunas horas por una pequeña cordillera, casi campo a través, encontrando sólo restos de un camino intransitable a tramos por la espesa vegetación o por lo fangoso del terreno. Casi cuarenta años después, Joaquín Vaquero rememoraba algunas de sus vivencias habitando ese poblado:

<sup>17</sup> Así se lo hacía saber Joaquín Vaquero al asturiano Carlos Prieto, Presidente de la Compañía de Fierro y Acero de Monterrey, en una carta fechada en San Salvador el 8 de noviembre de 1930 (AVS). Algunos otros recuerdos de esa infernal travesía por el golfo de México a bordo de ese viejo vapor quedan recogidos en una entrevista que le realizó el periodista Graciano García para el diario asturiano *La Nueva España*. GARCÍA, Graciano, "Asturianos de hoy, nombres para siempre", *La Nueva España*, Oviedo, 23-IV-1966.

<sup>15</sup> AVS: *Carta de Leo Stanton Rowe al Secretario de Educación de México don Manuel Gamio*, Washington, D. C., 22-IX-1930.

<sup>16</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p. 8.



3. En las ruinas de Teotihuacán, octubre de 1930. De izquierda a derecha: Luis Moya, Rosa Turcios, Joaquín Vaquero y don Ignacio Marquina. AVS.

Salíamos a cazar de noche. Llevábamos en la cabeza una luz generada por un carburo, no sólo para ver nosotros, sino para deslumbrar a los habitantes de la selva. A mí me impresionaba el espectáculo nocturno que allí se nos ofrecía: a la luz del foco se veían relucir los ojos de todos los habitantes, desde las mariposas a los pumas: parecía como si todas las estrellas del cielo estuviesen allí, sobre los árboles y en el cielo. Los nativos distinguían a los animales por el brillo de sus ojos. Y así disparábamos sobre palomas, venados pequeños, liebres. Los armadillos los cogíamos a mano. Estos tienen una carne exquisita y un sabor que yo clasificaría entre la del pollo y la del cerdo. Comíamos también huevos de iguana. Los indios hacían una incisión en el vientre de las hembras y les sacaban los huevos –que son riquísimos– y después los volvían a soltar al monte<sup>18</sup>.

Ya en las ruinas de Uxmal, comprobaron que apenas se habían realizado trabajos de exploración nuevos, por lo que no se había descubierto ningún templo. En cambio, les llamó la

<sup>18</sup> *La Nueva España*, Oviedo, 23-IV-1966. Entrevista de Graciano García.

atención el mal estado de conservación de algunas de sus estructuras, como la *Casa del Adivino*, lo que justificaron con el siguiente razonamiento:

La causa del mal estado de conservación de estas ruinas reside principalmente en el defectuoso sistema de construcción empleado por los mayas, consistente en formar el edificio por un núcleo de mampostería revestido de sillería labrada sin ningún enlace con dicho núcleo. Este revestimiento consiste en la parte inferior de cada monumento en un delgado placage de losas de piedra, sobre las cuales cargan pesadísimas cornisas y frisos de enorme relieve. Estando el placage obligado a resistir por sí sólo el peso de las cornisas y del friso, y no habiendo ligazón entre éstos y el núcleo, se ha separado como un solo bloque todo este revestimiento, cayendo toda la fachada al suelo. Esto ha ocurrido especialmente en el palacio del Gobernador, habiéndose reconstruido ya algunos de los muros caídos en esta forma, lo que no es difícil, pues se encuentran todas las piezas en buen estado de conservación y en el mismo orden con que cayeron<sup>19</sup>.

A propósito del *Cuadrángulo de las Monjas*, anotaron en su *Memoria* que pocos meses antes el célebre arqueólogo de la Institución Carnegie, Sylvanus G. Morley, trazó sus planos para ser reconstruido a escala real en la Exposición Universal de Chicago de 1933<sup>20</sup>, cuyas obras de urbanización habían tenido ocasión de admirar en su viaje por los Estados Unidos. Ello no constituía sino la confirmación del interés que suscitaba esta arquitectura primitiva en el desarrollo final del art deco americano.

Concluidos sus estudios en Uxmal, retornaron a Mérida para preparar la excursión a las ruinas de Chichén Itzá. El viaje lo emprendieron en ferrocarril hasta Dzitás y, desde allí, lo continuaron en un primitivo Ford, casi campo a través, salvando el automóvil de las ciénagas. En Chichén Itzá pudieron alojarse por autorización del Inspector de Monumentos Hispánicos, don Eduardo Martínez, en el campamento federal, lo que les resultó de gran utilidad por hallarse emplazado en las ruinas mismas.

<sup>19</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p. 11.

<sup>20</sup> *Ibid.* Se refieren a la exposición *Century of Progress*, que sería diseñada por el americano Raymond Hood, uno de los arquitectos que había formado parte, precisamente, del jurado que seleccionó su anteproyecto para competir en la fase final del concurso.



4. Luis Moya y Joaquín Vaquero en el Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, octubre de 1930. AVS.

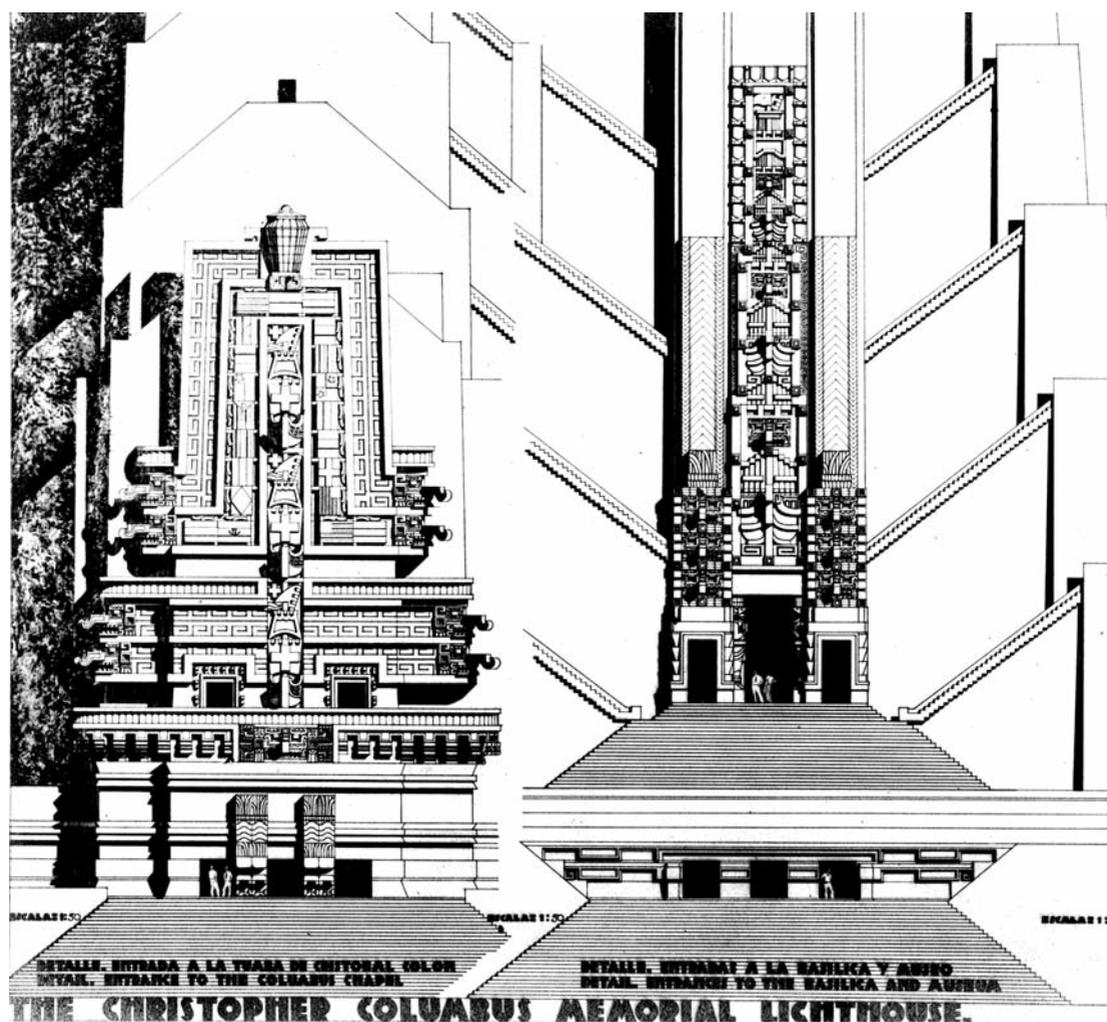
La antigua ciudad de Chichén Itzá constituyó una auténtica revelación para ellos, causándoles profunda admiración no sólo su arquitectura, sino también la pintura y la escultura de esa extraordinaria civilización en la que la integración de las artes alcanzó una de las más altas cotas de perfección y belleza. Además, frente al estilo de Uxmal, más complicado y rico en detalles, el de Chichén Itzá les pareció más clásico y puro<sup>21</sup>.

Estas ruinas se encontraban en mejor estado del que suponían, pues se habían realizado -y continuaban realizándose- grandes trabajos de exploración y de conservación a cargo del Gobierno mexicano y de la Carnegie Institution. Ello les permitió conocer el *Caracol* y el *Templo de los Guerreros* (fig. 4) en forma distinta a la que mostraban los libros más recientes, escribiendo a propósito de este último en su *Memoria*:

<sup>21</sup> *Diario de Yucatán*, Mérida, 29-X-1930. Entrevista anónima.

El templo de los Guerreros es el edificio más importante de estas ruinas y quizá de toda América. Ha sido restaurado cuidadosamente por la Carnegie Institution en estos últimos años. Este trabajo ha sido difícil por estar compuesto el edificio de un conjunto de templos de diferentes épocas empotrados unos en otros. Por ejemplo, es imposible por ahora resolver el enlace entre el grupo de las Mil Columnas que rodea la pirámide central y ésta. En el interior del relleno de esta pirámide se ha encontrado la cella de otro templo, en la que existen los restos de policromía mejor conservados que hemos visto. En este templo también puede apreciarse la superposición de construcciones de distintas épocas, viéndose repetidas dos o tres veces las escalinatas de acceso. El conjunto de este templo es de una belleza algo especial, pues aunque sin ningún punto de contacto con la arquitectura clásica, ofrece la serenidad y armonía en los mejores momentos de esta<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> *Memoria del viaje de estudio*, p.12.



5. Joaquín Vaquero y Luis Moya. Proyecto para el Faro de Colón, 1931. Detalle de las portadas (entrada a la tumba de Cristóbal Colón y entradas a la basilica y museo). AVS.

Por lo demás, en el resto de las estructuras como el *Juego de Pelota*, el *Templo del Osario*, la *Casa Roja*, la *Casa de las Monjas* o la *Casa del Escriba Nocturno*, no se habían llevado a cabo intervenciones recientes, por lo que su aspecto no difería del que mostraban las fotografías.

El conocimiento de todas estas arquitecturas, de una grandiosidad y belleza imponentes, les resultó de gran ayuda para desarrollar la decoración de las portadas del monumento (fig. 5). La *Casa de las Monjas* les inspiró la decoración externa de la Capilla de Colón, pero agrupando sus motivos en la forma del castillo de popa de un antiguo galeón, composición apropiada para contener la tumba de un gran navegante. Al exterior, el resto de la decoración se concentraría en las cuatro portadas triples del museo –con motivos geométricos inspirados en

las ruinas de Mitla– y en los altos pilonos que coronarían la entrada a la Sala de América. Estos pilonos estarían decorados con una composición constituida por tres carabelas estilizadas a la manera maya, rodeadas por los escudos de las veintiuna repúblicas americanas. En los costados, sobre las puertas laterales, habría dos grupos de tres gigantescas cabezas superpuestas, similares a las que vieron en el *Templo de los Guerreros* de Chichén Itzá<sup>23</sup>. Estas magníficas decoraciones en relieve serían interpretadas con un fuerte sentido primitivo, estando prevista su ejecución por alumnos de la Escuela de talla directa de México en la propia ciudad de Santo Domingo, siguiendo sus bocetos<sup>24</sup>. Todos los relieves de las portadas estarían policroma-

<sup>23</sup> *Memoria descriptiva*, p. 4.

<sup>24</sup> *Id.*, p. 13.

dos, empleándose la gama cálida que aún se conserva en trozos de templos mayas<sup>25</sup>, lo que procuraría una particular fisonomía a este rascacielos decorado con motivos precolombinos, tan valorados por el art decó americano.

La estancia en Chichén Itzá concluyó con una visita a las ruinas de Chichén Viejo, a donde acudieron acompañados por algunos representantes de la Carnegie Institution<sup>26</sup>. Estas ruinas se hallaban cubiertas por una espesa vegetación selvática que apenas permitía adivinar las formas de sus numerosísimos templos.

Terminados sus estudios en Chichén Itzá, regresaron a Mérida por segunda vez, para emprender desde allí su viaje a Veracruz el 30 de octubre. Para evitar las incomodidades de la travesía en barco, optaron por realizar el trayecto en avión. Mas tampoco estuvo esta vez el viaje exento de incidentes. Su primitiva avioneta se vio engullida por una terrible tormenta en Minatitlán que la zarandó de un lado a otro sobre la selva, obligando al piloto a realizar un aterrizaje de emergencia sobre un claro<sup>27</sup>. Amarrado el aparato a unos árboles, pudieron hacer noche en un pequeño poblado próximo. Pasado el temporal, y gracias a la extraordinaria pericia del piloto, que realizó un despegue casi en vertical, pudieron continuar su viaje hasta Veracruz. El vuelo sobre la península de Yucatán y los estados de Campeche y Veracruz les permitió apreciar en conjunto la naturaleza del terreno que constituye la Península, compuesto de una inmensa llanura desierta cubierta de matorrales y con esteros y terrenos pantanosos en las proximidades del mar. Sobre ese paisaje monótono, sin ríos ni lagos, destacaban con imponente grandeza las pirámides mayas<sup>28</sup>.

El 2 de octubre emprendieron viaje hacia San Salvador, para reunirse con Rosa, esposa de Joaquín Vaquero, y esperar allí el barco que había de conducirles a Santo Domingo, donde estarían un par de días y embarcarían rumbo a

España. Durante el trayecto atravesaron grandes selvas tropicales con algunos ranchos indios, en los que pudieron contemplar pintorescas escenas desde el tren. Alcanzada la frontera entre Suchiate y Ayutla, hicieron noche en este punto, y a la mañana siguiente llegaron a Guatemala. La última jornada del viaje la emprendieron al día siguiente, recorriendo un hermosísimo paisaje en el que, entre otras cosas de interés, vieron una subida que a Vaquero le recordó a Pajares<sup>29</sup>.

Ya en San Salvador, tuvieron que ocuparse inmediatamente de su viaje a Santo Domingo, para conocer el emplazamiento elegido para el Faro y enlazar desde allí con uno de los barcos españoles que salen cada mes en dirección a España. Su organización ofreció numerosas dificultades por la escasez de comunicaciones entre esos puntos. El plan previsto inicialmente era salir de Puerto Barrios el 17 de noviembre en dirección a La Habana, para tomar allí otro barco que les llevaría el 29 a Santo Domingo, donde permanecerían hasta el 3 de diciembre en que se embarcarían hacia España. Este plan fue desestimado al tener noticia de los alarmantes sucesos de Cuba y la proclamación del estado de sitio en toda la isla, lo que les haría perder toda seguridad respecto a un plan posterior<sup>30</sup>. Durante un mes trataron inútilmente de buscar otras combinaciones posibles. A pesar de no haber logrado realizar esta parte del viaje, los planos exactos que la Unión Panamericana había facilitado a los finalistas resultaban suficientes para desarrollar su proyecto.

Las casi cuatro semanas que permanecieron en San Salvador las dedicaron a poner en orden las numerosas fotografías, dibujos y datos que tomaron en Uxmal y en Chichén Itzá, documentación que le sirvió a Vaquero para la publicación de un estudio sobre estas ruinas<sup>31</sup>. El resto del tiempo lo empleó Vaquero en pintar. Cargado con su portaestudios, recorrió la ciu-

<sup>25</sup> *Id.*, p. 5.

<sup>26</sup> Vaquero y Moya estuvieron acompañados en su visita a estas ruinas por Miss Catherine Mackay y Miss Helga Wiggers, arqueólogas de la Carnegie Institution en Chichén Itzá, tal y como se desprende de una carta de agradecimiento escrita por los arquitectos españoles a Miss Mackay (AVS: *Carta de Joaquín Vaquero y Luis Moya a Miss Catherine Mackay*, San Salvador, 11-XI-1930).

<sup>27</sup> AVS: *Carta de Joaquín Vaquero y Luis Moya a don Eduardo Martínez Garzo*, San Salvador, 8-XI-1930.

<sup>28</sup> AVS: *Carta de Joaquín Vaquero a don Carlos Prieto*, San Salvador, 8-XI-1930.

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> AVS: *Carta de Joaquín Vaquero y Luis Moya a don Tulio M. Cestero, Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en España*, Madrid, 11-I-1931; *Carta de Joaquín Vaquero y Luis Moya a don Jesús Cobián, Presidente de la Casa de España en Santo Domingo*, Madrid, 11-I-1931.

<sup>31</sup> VAQUERO PALACIOS, Joaquín, "Notas sobre las culturas primitivas de México: su arquitectura y escultura. Teotihuacan-Chichén Itzá-Uxmal", en *Revista Española de Arte*, núms. 3 y 4, Madrid, septiembre-diciembre de 1932, pp. 128-138 y 210-226.

dad y sus alrededores para plasmar con su peculiar estilo postimpresionista sus viejas iglesias coloniales, las callejas de sus suburbios y sus tipos característicos. Con estos cuadros y algunos paisajes urbanos de Nueva York y de las ruinas mexicanas, pintados en el transcurso de este viaje, inauguró el 29 de noviembre una exposición en casa del poeta Alberto Guerra Trigueros, compartiendo espacio con el pintor, poeta y dramaturgo salvadoreño Salvador Salazar Arrúe, "Salarrué"<sup>32</sup>.

Considerando finalizada su estancia de estudio en América, el 4 de diciembre se embarcaron en La Libertad (El Salvador) a bordo del vapor Wisconsin para desembarcar en El Havre el día 22, y continuar desde allí su viaje a España. Atrás quedaba una extraordinaria aventura de más de cuatro meses y casi treinta mil kilómetros, marcada por las travesías accidentadas, los aterrizajes de emergencia y las marchas interminables a través de la selva, con sus serpientes de cascabel y sus peligrosos mosquitos. Pero también por la emoción inmensa de contemplar los rascacielos en construcción y las pirámides precolombinas mientras estaban siendo excavadas. Una fuente inagotable de estímulos excitantes para pintar, para dibujar y para sentir.

## EPÍLOGO

Instalados en enero de 1931 en su nuevo estudio madrileño de la calle Zurbano, 50, Vaquero y Moya comenzaron a desarrollar el proyecto sobre las bases de su reciente viaje. Poco después tuvo lugar la decisión de Moya de incorporarse como arquitecto a las obras del *Edificio Capitol* (1931-1933), proyectado por sus compañeros de promoción Vicente Eced y Luis Martínez Feduchi, quedando Vaquero al frente del proyecto. Ello constituía algo lógico, ya que Vaquero se hallaba mucho más involucrado en el espíritu del monumento por su vinculación personal con América tras su matrimonio con la salvadoreña Rosa Turcios Darío, por su pasión artística, escultórica y pictórica, que se sumaba a la relacionada con la arquitectura, con el arte precolombino y con el concepto de obra plástica total que ofrecía.

<sup>32</sup> Una crítica de esta exposición puede verse en CAÑAS, Salvador, "La exposición de pintura de los artistas Joaquín Vaquero y Salarrué", *Patria*, San Salvador, 2-XI-1930.

Entre tanto, se hizo público el lugar donde se celebraría la fase final del concurso, la ciudad de Río de Janeiro, así como la fecha del fallo del jurado, el 12 de octubre de 1931, aniversario del Descubrimiento. Sin notificación previa a los concursantes, un importante cambio se produjo en la composición del jurado que había de calificar los diez proyectos finalistas. El arquitecto norteamericano Raymond Hood fue sustituido por Frank Lloyd Wright, un relevo que se justificaría por la mayor actividad profesional del primero en aquel momento, inmerso como se hallaba en la colosal empresa urbanística del *Rockefeller Center* (1929-1939). Este cambio pudo tener consecuencias en la apreciación del proyecto español, pues si Hood puede considerarse como uno de los grandes maestros del rascacielos decó americano, Wright se había declarado contrario no sólo a los rascacielos, sino a los concursos mismos<sup>33</sup>.

Conscientes de la trascendencia que el desenlace del concurso pudiera tener en su futura carrera profesional, Vaquero y Moya decidieron llevar ellos mismos las maquetas y el proyecto a Río de Janeiro para garantizar su cuidadosa carga y descarga en barcos y trenes. De esta manera, el 11 de septiembre de 1931 se embarcaron en el puerto de Cádiz rumbo a la capital brasileña, a donde arribaron el día veintitrés<sup>34</sup>. El fallo del jurado, que se retrasó hasta el 17 de octubre, les otorgó el tercer premio, por detrás del jovencísimo arquitecto inglés Joseph Lea Gleave y del equipo formado por el francés Donald Nelson y el norteamericano Edgard Lynch. El acta del jurado reconocía en el proyecto español, entre otros méritos, "el concienzudo estudio de la arquitectura de Centroamérica con el que se ha obtenido una particular belleza"<sup>35</sup>.

Sin embargo, la concesión de este tercer premio no satisfizo en absoluto a sus autores, quienes juzgaron totalmente arbitraria la resolución del jurado al no haber descalificado los dos proyectos clasificados en primer y segundo lugar por incumplir claramente las bases de concurso. Los días 20 y 21 de septiembre tuvieron la ocasión de mostrar su disconformidad a

<sup>33</sup> Véase WRIGHT, Frank Lloyd, "La tiranía del rascacielos" (1931), en *El futuro de la arquitectura*, Poseidón, Barcelona, 1978, pp. 126-141.

<sup>34</sup> AVS: *Diario de viaje a Río de Janeiro llevando los dibujos y maquetas para el concurso del Faro de Colón*, 1931, s. p.

<sup>35</sup> "Acta do julgamento do pharol de Colombo", *O Lapis*, 3, Río de Janeiro, noviembre de 1931, p. 3.

uno de los miembros del jurado, Frank Lloyd Wright, en la sede de la Academia de Bellas Artes y frente a las maquetas y proyectos allí expuestos<sup>36</sup>. Como razón fundamental para haber calificado al margen de las bases argumentó el célebre arquitecto norteamericano que ningún miembro del jurado había intervenido en su redacción, no estando en consecuencia obligados a respetarlas. No atendiendo a razones, Vaquero y Moya decidieron publicar en la revista *Arquitectura* las conversaciones mantenidas con Wright como muestra de la escasa seriedad con que se había desarrollado la fase final de este concurso<sup>37</sup>. Un concurso en el que habían depositado grandes esperanzas y cuyo respeto excesivo a las bases condicionó en gran medida su proyecto de monumento. No obstante, su tercer premio en la fase final supuso un enorme éxito para los jóvenes arquitectos, con una gran vocación profesional pero sin experiencia alguna en concursos y en lo que podría considerarse su primer encuentro con la arquitectura recién terminados sus estudios.

En adelante, y a pesar de la profunda amistad que les unirá para siempre, Vaquero y Moya siguieron trayectorias profesionales independientes. La de Luis Moya quedará vinculada por completo a la arquitectura, a través de un estilo muy personal que hundirá sus raíces en el clasicismo. Por su parte, Vaquero se decantará por la pintura, simultaneando su vocación de paisajista con una obra arquitectónica extensa y de un gran poder creativo. Su condición de viajero constante por tierras de Europa y América en busca de estímulos para pintar, le privará en algunos momentos de su vida de la estabilidad necesaria para mantener abierto un estudio de arquitectura. Tan sólo en una ocasión, como motivo de su participación en el concurso de anteproyectos para la Catedral de San Salvador (1953), volverán a colaborar ambos arquitectos, concibiendo en esta ocasión un grandioso edificio neocolonial, que deberá mucho a los estudios que sobre la arquitectura co-

lonial española realizaron durante este viaje a América.

Y en esa trayectoria artística en solitario de Joaquín Vaquero, la repercusión posterior de este viaje resultará excepcional, ya que supuso su primer encuentro con las civilizaciones americanas precolombina y colonial, culturas que estarán siempre presentes en su obra. En sus frecuentes estancias en América Central, su insaciable curiosidad se verá atraída por las iglesias coloniales salvadoreñas, sobre las que realizará un amplio estudio. Este trabajo inédito, realizado en su mayor parte en los años cuarenta, tiene un gran interés, pues además de los textos, incluye planos, dibujos y fotografías de una larga serie de iglesias, algunas de las cuales han desaparecido o se encuentran hoy gravemente alteradas.

Pero será el arte precolombino el que deje una huella más profunda en su obra. Esta cultura primitiva constituirá un tema de reflexión constante a lo largo de su vida, retornando en diferentes ocasiones a los lugares arqueológicos de México, Guatemala y Honduras para estudiar los vestigios de aquellas enigmáticas civilizaciones extinguidas a la llegada de los españoles. Esta vivencia directa de las ruinas precolombinas cautivó a Vaquero no sólo por su interés arqueológico o histórico, sino también por su valor plástico y emocional, lo que le llevó a incorporar esta temática a su pintura. Sus imponentes edificios, rodeados de fragmentos de riquísima decoración y de ídolos diseminados y rotos, aprisionados por el verde oscuro de la selva, constituirán un tema recurrente en su pintura. Resulta muy significativo destacar que entre los últimos cuadros pintados por el nonagenario artista en su estudio segoviano, adelgazados de materia y alimentados de recuerdos, intercaló una serie de ruinas mayas. Una cultura y un paisaje arquitectónico que constituyeron una parte fundamental no sólo de su obra, sino de su vida.

<sup>36</sup> AVS: VAQUERO PALACIOS, Joaquín, *Conversaciones con Frank Lloyd Wright* (hojas sueltas).

<sup>37</sup> VAQUERO PALACIOS, Joaquín y MOYA BLANCO, Luis, "Resultado del concurso para el Faro de Colón", en *Arquitectura*, n.º 156, Madrid, abril de 1932, pp. 110-133.